

Los riesgos de la masculinidad.

El orden social y la polarización de géneros.

La preocupación alrededor de la que gira mi trabajo es la de dar cuenta de los rasgos principales que definen la problemática de ser hombre, de las dificultades de construcción y sostenimiento de la masculinidad, en esta época que propuse denominar, tomándole prestado el concepto a García Márquez, "otoño del patriarca".

Construir la masculinidad, ser un hombre, supone un conjunto de procesos que no está garantizado ni por la biología ni por lo social, por el contrario se definen a partir de un doble eje que podemos denominar intersubjetivo, en el cual la influencia externa es determinante, e intrapsíquico, donde los procesos identificatorios tempranos marcan las pautas que determinan al sujeto, que determinan la subjetividad. La distinción de los dos órdenes es a efectos expositivos porque de suyo están totalmente intrincados entre sí.

Los referentes psicoanalíticos son mi principal esquema para tratar de comprender e intervenir en las problemáticas derivadas de la masculinidad que aquejan a algunos pacientes varones. Problemáticas relacionadas con la masculinidad quiere decir, con el desempeño de lo que se espera de ellos en tanto hombres, con la angustia que supone no responder a las expectativas de los otros, con las consecuencias que tienen para los que le rodean esos empeños en defender una virilidad en entredicho, con las consecuencias que tiene para su preservación como individuo el logro de ciertas metas que los imperativos de género masculino marcan.

No fue esto, sin embargo, lo que llamó mi atención en un primer momento, fue más bien el problema de la construcción de la subjetividad femenina, donde encontré que el psicoanálisis mostraba su lastre más ideológico. Teniendo Freud la valentía de ser el primero que se pregunta por el deseo de la mujer más allá de la reproducción, más allá de la maternidad, su comprensión de la problemática femenina no logra desembarazarse de algunos de los fantasmas masculinos que determinan la visión tradicional de la sexualidad femenina, entre la objetualización y la idealización. Los conceptos de envidia del pene, descubrimiento tardío de los genitales femeninos, masculinidad de la libido o universalidad del falo, señalan los avances y los puntos ciegos del freudismo acerca de la sexualidad femenina.

Los trabajos tanto del pensamiento feminista como la propia evolución de algunos sectores críticos del psicoanálisis, han permitido un progreso en nuestros conocimientos, al tiempo que posibilitaban una práctica clínica que intenta desprenderse de los lastres falocéntricos, como diría Derrida (1980): Nos referimos a la posibilidad de pensar la sexualidad femenina más allá del orden fálico que la relega a ser un sujeto de segunda, un sujeto en menos, un sujeto castrado; también a cuestionar la superioridad de la racionalidad fría, objetiva y distanciada sobre la capacidad de empatía y de ser afectado por los otros típica del orden masculino.

Inevitablemente estos cambios tenían que afectar a la comprensión y al desempeño de la masculinidad por parte del varón. Dada la articulación indisoluble entre masculinidad y femineidad, conceptos que no representan ninguna esencia eterna e inmutable, sino que definen una serie de prácticas, atributos simbólicos y relaciones, en constante evolución, era inevitable que toda la producción crítica acerca de la femineidad condujese a cuestionar las premisas desde las que se definía la masculinidad.

No obstante se trata de una problemática compleja tanto para el propio sujeto, como para el observador, debido al lugar que ocupa la masculinidad, sobre todo la masculinidad heterosexual y monogámica, como núcleo paradigmático de este sistema de divisiones polarizadas de los géneros, de división del trabajo, de ordenación de las relaciones entre afectivas, sociales, sexuales. Ese carácter de núcleo paradigmático de un modelo civilizatorio, le lleva a convertirse en un a priori indiscutible e invisible para el observador.

Algunos prefieren hablar de la construcción de la identidad masculina, el concepto de identidad masculina como algo logrado, acabado, conseguido, no concuerda con mi práctica, de hecho la masculinidad está siempre sujeta a descrédito, a desmentida, a refutación. Los temores de feminización están siempre al acecho, fantasías asociadas a la idea de debilitamiento y por tanto a la pérdida de los emblemas masculinos. Para algunos es una vergüenza intolerable, para otros una humillación, en muchos casos dará lugar a la aparición de conductas violentas disruptivas.

Otros prefieren hablar de la construcción de la subjetividad masculina, ¿pero existe la subjetividad masculina? ¿Podemos pensar una subjetividad masculina precisamente ligada al desasimiento de los emblemas que definen la masculinidad?. Muchos autores hablan de masculinidades, pero no podemos obviar las constricciones que el ejercicio de la masculinidad impone, restricciones dictadas por un imperativo, que como bien señaló Freud al definir el superyo, es irracional y absurdo. A ese propósito dice Bourdieu: “El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad”. (P. Bourdieu, 1999, 68)

No estamos de acuerdo con la posición de algunos autores como Izquierdo (2007), que realizan una lectura arriesgada de las implicaciones del sistema sexo-género para afirmar que el hombre maltratador, que el violador es también una víctima del sexismo, como la mujer es víctima del sistema, de manera que el maltratador o el violador son también víctimas. Todos seríamos por tanto víctimas del sistema en una maniobra de exculpación universal. Pienso más bien al contrario que de lo que se trata es de ir responsabilizándonos progresivamente, de la misma manera que autoras feministas como Benjamin (1996) sostienen que este sistema patriarcal no se mantiene si no es con la colaboración, más o menos inconsciente, de los oprimidos, en este caso las oprimidas.

Y no podemos estar de acuerdo porque hay que distinguir entre los aspectos inconscientes del sujeto, y la subjetividad que se construye, es decir, la articulación de algunos aspectos universales junto con otros que se corresponden con lo particular de los avatares de su propia historia personal. No podemos coincidir con teorías que proponen un determinismo a partir del cual todo está establecido y al sujeto no le cabe más que esperar y dejarse llevar. Estas teorías sobre la irresponsabilidad del sujeto han sido expuestas con gran brillantez por Pascal Bruckner (2002) cuando señala esas “enfermedades” del neocapitalismo que denomina *infantilismo* y *victimización*.

La masculinidad exige del sujeto cosas que tenemos que resaltar para mostrar su absurdo, trabajos a realizar, inconsistencias y negaciones que hay que asimilar. Con ello queremos llegar a demostrar que la masculinidad hegemónica es un mal negocio para el sujeto muy a menudo, desde el punto de vista de la salud mental.

En mi trabajo clínico como practicante del psicoanálisis y de la psicoterapia, me encuentro muy a menudo con esa problemática en el hombre: la de tener que responder de una serie de atributos, de emblemas, de respuestas que son muy difíciles de sostener, una problemática que en términos psicoanalíticos podríamos definir como superyoica.

El rechazo del vínculo primordial y sus consecuencias en el desarrollo del varón.

Mi idea principal gira en torno al complejo proceso que permite el acceso a la condición de masculinidad en nuestra cultura. Proceso que implica un desasimiento generalizado, aunque no total respecto del progenitor primario, por lo general la madre, así como un rechazo de la dependencia infantil de ese otro materno, y de los vínculos tempranamente establecidos.

El sujeto varón, en su proceso de subjetivización, principalmente en cuanto a poder reconocerse como un varón entre los demás, es decir, en la construcción de la denominada identidad de género -aunque el concepto de identidad no tiene cabida en nuestra manera de entender los procesos -, este pequeño varón que aún no habla y que probablemente está empezando a ensayar su capacidad de locomoción, debe rechazar los vínculos primarios con el otro materno, lo cual le va a situar en posiciones muy conflictivas. Tiene que rechazar a aquella que le ha dado acceso al mundo, a aquella que le ha impregnado de erotismo, de vitalidad, de afectos, de ternura... a partir de lo cual ha establecido un lazo con ella de extrema intimidad, tanto es así que muchos autores lo denominan simbiosis, el infante se ha fusionado, se ha simbiotizado con la madre. Otros prefieren denominarlo fusión y hablan de un estado fusional con la madre como necesario para el desarrollo emocional infantil. Otros, por último destacan que este proceso implica un reconocimiento del bebé como alguien que tiene entidad propia.

Desarrollar todo este proceso de desidentificación de la madre primordial está considerado por algunos como condición de acceso para sentirse, presentarse y ser reconocido por los demás como un hombre. Este proceso es considerado por sectores del feminismo y del psicoanálisis crítico, como condición sine qua non para entender los parámetros que definen la masculinidad hegemónica, en sus contradicciones y aporías, aquellos que determinan el psiquismo del adulto varón,

Todos los niños se identifican con el progenitor que los cuida, es decir la madre, pero los varones deben disolver esa identificación para poder definirse como el sexo diferente. Al principio todos los infantes -llamamos infante al niño que ya no es un bebé lactante, pero todavía no es un ser hablante, no tiene dominio del lenguaje-, se sienten semejantes a sus madres. Pero los varones descubren que no pueden convertirse en ella, solo pueden aspirar a tenerla. Progresivamente se va instalando una tensión entre ambos que se contrapone al reconocimiento mutuo, a esa armonía afectiva previa, que algunas madres idealizan. La relación madre -bebé es una relación que se divide entre la familiaridad y la extrañeza, es una relación paradójica a veces difícil de soportar y de comprender, es parte de ella y al mismo tiempo es un extraño. Pero a pesar de los temores, de la extrañeza, las madres pueden sostener esa relación primordial, gracias sobre todo, coinciden un buen número de autores, a la crianza que esa mujer tuvo de sus propios padres, pero también al sostén de los otros adultos, es decir, gracias a su historia pero gracias también a su presente, a los apoyos con los que cuenta. Pero no sólo se trata de tolerar las ambivalencias de esa relación primordial - pienso sobre todo en las tensiones que se dan con el niño entre los dos y los tres años-, se trata de tolerar la ruptura que se avecina, el distanciamiento y el rechazo que sufrirá la madre por parte del hijo varón en su camino hacia la virilidad. Distanciamiento y rechazo que solo podemos entender que sea tolerado de modo benevolente por la madre gracias a la identificación que ella ha establecido con su hijo. Esa identificación pasa por darse cuenta de lo que los une y de lo que los separa. De que hay una conexión muy íntima, pero también hay una independencia en el bebé, muy precozmente. Algunas madres, no obstante, se dejan llevar por la tentación de convertirlo en lo más maravilloso, sin aceptar que está fuera de ella, que es un ser

real, y que no es exactamente como ella imaginaba. Es decir, algunas madres rechazan la realidad de la extrañeza del bebé, rechazan su parte real, inesperada, diferente de lo imaginado. Influye determinantemente en este hecho el que la crianza del bebé y el poder que les confiere, sean las únicas gratificaciones sociales que puedan esperar.

El logro de la masculinidad, la conquista de la masculinidad, implica para el niño, establecer una “falla geológica” con la madre: una separación radical, un distanciamiento insalvable, las cosas nunca volverán a ser como antes.

El psicoanálisis ha explicado esto siempre en términos edípicos. Se trata de distanciarse de la madre por el poder de seducción, de atracción insondable que ella tiene para el hijo varón. No obstante hay que precisar que la fantasía de incesto se ha vuelto una coartada ideológica aquí, al servicio del mantenimiento de las premisas autoritarias que han tenido al psicoanálisis entrampado con aquellos principios conservadores, tradicionales, que precisamente la obra de Freud había puesto en cuestión.

El acceso a la individualidad, a la independencia y a la masculinidad son sinónimos para el infante, se trata de cortar los lazos que lo infantilizan, que lo hacen dependiente, que lo hacen débil. Para convertirse en una persona independiente, madura y masculina, en un adulto, ha de cortar los lazos con la madre, ello le lleva a no reconocerla como una persona, como una mujer sexuada. La madre es meramente una cosa, la cosificación de la madre se camufla obviamente como idealización, ahí viene todo el discurso laico o religioso acerca del poder del amor y del sacrificio altruista de la madre, cuyas aspiraciones siempre se colman por procuración, es decir por identificación, a través de los logros de los hijos, que ella vivirá como suyos.

El objetivo del varón para poder decirse hombre es separarse de la madre y de lo que le une a ella, de ahí que el varón va a privilegiar el sentido de la diferenciación sobre el de la semejanza, la diferenciación del otro como condición de acceso a la propia individualidad, así como la independencia, la autonomía. El ideal masculino es el de alguien sin ataduras. Puede verse en los personajes míticos que pueblan la cinematografía.

El rechazo del cuidador primario, generalmente la madre, conlleva un rechazo de la necesidad, asociada a la femineidad, rechazo del cual se desprende la debilidad intrínseca de la masculinidad. La masculinidad se sostiene de un rechazo primordial: yo no soy como la que me ha cuidado, yo soy diferente. Esto viene subrayado por Brannon y David en su famosa encuesta sobre los imperativos categóricos de la masculinidad: “no sissy stuff”: nada de mariconadas.

Este rechazo del otro primordial, del otro materno, contribuye a crear en el sujeto lo que va a ser su modo de relacionarse con los demás: objetivo, racional, distanciado, todo ello en detrimento del intercambio afectivo. Obviamente este intercambio afectivo no desaparece, pero es secundario, sufre severas restricciones, a menudo se restringe al ámbito de la familia nuclear o de la pareja. Determinadas muestras afectivas, como por ejemplo los besos entre hombres, quedan restringidos al ámbito de los hijos, los hermanos y el padre. Toda la vida social, profesional e incluso amistosa, estará regida por la objetivación y la racionalización. El terreno de la sentimentalidad queda a menudo circunscrito a la idea del amor romántico.

Benjamin (1996) señala que esta necesidad de relacionarse con el otro como si fuera un objeto externo, bajo los dictados de la racionalidad, sobre todo en relación a las mujeres, pensemos sobre todo en el otro como objeto sexual, como objeto deseable, esconde para la autora un temor: el temor de ser reabsorbido por esa madre todopoderosa de la primera infancia. Ese temor puede ser conjurado a veces por el varón en sus relaciones con el otro sexo, lo que le permite un acercamiento menos estereotipado a la mujer. A veces, sin embargo, es imposible. La falta de un reconocimiento mutuo, de un acercamiento emocional, sepultados con el rechazo generalizado de las experiencias infantiles primitivas, se traduce en el hombre en la creación de la fantasía de dominación de la mujer, verdadera piedra angular en la construcción de una nunca concluida y nunca suficiente identidad masculina.

Recuerdo a este propósito un fragmento de un paciente que vino a verme con una profunda depresión, agravada por su soledad. Hombre de mediana edad, cercano a los 50 años, había llegado a España como inmigrante y tras luchar duramente por salir de la situación de penuria, había logrado una estabilidad económica como agente comercial. Se había casado con una mujer española y las cosas no iban mal. Hasta que vino una mala racha en las ventas. A tenor de la falta de clientes este hombre volvía a casa angustiado por el futuro económico y la pérdida de status, pero incapaz de compartir nada de sus miedos con su mujer, se transmutaba sepultando sus sentimientos bajo una máscara pétrea, y se disponía a sacarla a cenar y a bailar, porque eso es lo que espera una mujer de un hombre. No teniendo hijos a quien poder contar, ni amigos íntimos, su sentimiento de soledad era espantoso. Podríamos concluir que este hombre se camufla para no decepcionar a su mujer, por el temor a ser abandonado, pero no tenemos ningún dato para pensar eso, sin embargo, si es evidente la presencia de un sistema de ideales sobre la masculinidad en el sujeto. Y como señala Bourdieu: “Todo contribuye así a hacer del ideal imposible de la virilidad el principio de una inmensa vulnerabilidad” (P. Bourdieu; 1999, 69).

Tras el rechazo de la angustiante presencia de la madre todopoderosa de la primera infancia, el varón encuentra en el reconocimiento del padre, y de sí mismo en el padre y por este, el refugio identificador necesario para poder decirse: soy un hombre, soy alguien, soy independiente. Mediante la identificación con el padre el varón puede negar su desvalimiento y arrojarse de los emblemas paternos: se observa en los jóvenes varones la imitación, la copia de gestos paternos, tanto en lo verbal como en comportamientos estereotipados cotidianos. El padre se convierte en una figura simbólica llena de poder en cuanto que “posee” el deseo de la madre, experiencia amarga que el niño ha tenido que soportar dejando su herida narcisista indeleble. Esa identificación al padre permite al varoncito una prórroga del narcisismo infantil, seguirá sintiéndose poderoso, seguirá postergando la confrontación con la realidad. En las niñas a menudo este proceso de identificación no es posible, es rechazado o impedido por el padre, lo cual va a tener consecuencias determinantes en su crecimiento. Hipócritamente se lo celebra como maduración precoz de la niña frente al infantilismo mantenido por el niño, y se alude a menudo a razones biológicas, o también psicológicas y/o sociales. Las niñas han de madurar antes puesto que les espera un cometido trascendental en la vida.

El niño por su parte, proyecta en ese padre el ideal que persigue, ser alguien que es deseado por la madre, pero al mismo tiempo que atesora un poder en sí mismo y una capacidad de decisión propias, una individualidad, una autonomía profundamente anhelada por el varoncito. Gracias a ese amor y a esa identificación al padre, el niño “resuelve” su conflicto primordial con la madre de la primera infancia: puede desarraigarse de ella sin temor al desamparo.

En muchos casos ese amor infantil por el padre que ha permitido identificarse al niño en su condición masculina, permanecerá como un núcleo narcisista infantil no evolucionado. En las relaciones sociales permite la aceptación de la jerarquía y la obediencia entre hombres como algo natural que no cuestiona su masculinidad. La diferente posición que adopta el padre ante las pretensiones identificatorias de la niña puede ayudarnos a entender los procesos de subordinación y de sumisión, el amor idealizado. Es interesante darse cuenta de esto, lo que para algunos es la evolución normal de la construcción del género, ser un hombre, para otros encierra el núcleo de una inmadurez y el germen de la idealización de las relaciones, que tan peligroso se vuelve en la adultez.

Ese padre inaccesible para las ansias identificatorias de la niña propiciará en ella las proyecciones del ideal en otros, esencia de la maternidad sacrificada y altruista: disfrutar por procuración con los éxitos de otros, principalmente la pareja pero también los hijos

Notas clínicas a propósito de los imperativos de la masculinidad.

Que efectos perniciosos produce en el varón ese desasimiento primordial del vínculo infantil establecido con la madre: pienso en la relación de Arturo con su madre, incapaz de cuidarla porque eso tenían que hacerlo sus hermanas, pero amargado al mismo tiempo por no poder hacerlo y proyectando ese rechazo en otros. Igualmente su débil argumentación de por qué tenían que ocuparse sus hermanas y no él, que ocultaban el temor insondable que él sentía de acercarse a una intimidad con su madre. Lo que le causaba pánico, como pudo reconocer tras cierto tiempo de reflexión, era la idea de tener que enfrentarse a la desnudez de su madre, a tener que acompañarla al baño, algo que sin embargo ella había realizado con él innumerables veces. Ese contacto corporal, esa cercanía era una pesadilla para este hombre. Igualmente el acercamiento a sus hijos, tras un largo periodo de distanciamiento por el divorcio, se produce de modo simple frío y racional, los temas son los estudios, el trabajo, la responsabilidad... Con muchas dificultades logrará traspasar esos imperativos de la masculinidad para poder un encuentro intrascendente con sus hijos, un encuentro no marcado por las normas.

El caso de Antonio, a propósito de la masculinidad/feminidad y el sadismo/masoquismo, como suele ocurrir la realidad contradice la teoría y muestra sus limitaciones. Equivocadamente se equiparan una serie de binomios como son hombre – mujer, activo – pasivo, masculino – femenino, sujeto –objeto, sádico - masoquista; sin embargo, podemos observar casos como este, en el que los términos se invierten, siendo el varón quien desempeña el papel pasivo, masoquista, lo que erróneamente nos podría llevar a pensarlo como femenino, como si su masculinidad no pudiera dar lugar a pulsiones masoquistas. Francisco mantiene una relación sadomasoquista con su mujer, pero no en el sentido de las prácticas sexuales. El sadismo se refleja en las amenazas constantes de abandono que el paciente sufre por parte de su pareja, amenazas que no son ficticias puesto que ella se ha marchado de casa, no obstante vuelve casi a diario. Además se establece un diálogo continuo entre los dos con tintes verdaderamente perversos en el cual él le pide permanentemente que no se vaya, que le de una oportunidad, que lo intenten, mientras que ella le contesta la mayoría de las veces de modo despectivo o implacable. O bien es despreciativa reiterándole lo miserable de su estado, la falta de interés que siente por él, las nulas posibilidades de retorno, el hecho de que nunca le ha amado. O bien se muestra fría y altiva, es posible que le de una oportunidad si él cambia y se vuelve un hombre fuerte, decidido, arrollador, seguro de sí, independiente... todo lo contrario de lo que él es ahora. A esto hay que añadir un elemento también muy significativo en la relación: ella le acusa de haber sido siempre un egoísta y de haberla sometido a su capricho, ella siempre ha hecho lo que él ha querido...

El caso de Jaime es esclarecedor, cercano a la treintena vive una vida desahogada pero llena de incertidumbres. Tanto su padre como sus hermanos mayores se desempeñan sin ningún problema en los negocios familiares, que han logrado capear el temporal de la crisis. Sin embargo, dado que él no se siente a la altura de los otros hombres de la familia, se hunde en crisis periódicas que le llevan a consultar todo tipo de psicoterapias y remedios. El uso sistemático de drogas además del consumo abusivo de TV ocupa la mayor parte de su tiempo, alejándolo tanto de los ideales familiares como de búsquedas alternativas que le proporcionen emblemas masculinos necesarios para construir un yo del que sentirse orgulloso. Su vida es un círculo vicioso de intentos fracasados y sueños grandiosos que mantienen su infantilismo. El abuso de drogas así como la imposibilidad de competir con los hombres de su familia le conducen a un atolladero de difícil solución. Jaime busca remedios mágicos que le permitan llevar a cabo alguna gesta que lo ponga a la altura de los demás... esto es lo que sueña en el sofá de su casa mientras contempla embelesado película tras película, mientras fuma porro tras porro. Ese círculo vicioso en el que se encuentra atrapado hace que descuide su relación de pareja, a la cual no consigue desear, aunque por el contrario vive con el temor angustioso de que le abandone, cumpliendo así su designio fatalista de esta abocado al fracaso.

El caso de Ramiro, profesional destacado alrededor de los cuarenta, que tras un primer matrimonio que se desenvolvía por las vías de la rutina encuentra una pareja que despierta en él un entusiasmo ya casi olvidado por todas las cosas de la vida, incluidos el erotismo y la sexualidad. Esta relación le llenará de gozo, le abrirá expectativas de intercambio cultural e intelectual, le estimulará en el desempeño de su profesión, le convocará mucho más como hombre, lo cual le lleva a tener que recurrir sistemáticamente a la viagra por el temor a fallar, a no estar a la altura de la circunstancia. Estos temores, fundamentados en un síntoma muy común como es la eyaculación precoz, que aparecía ocasionalmente, solo habían ocupado un papel residual en sus anteriores relaciones, ninguna de las cuales había sido tan pasional, tan vital, tan excitante como la actual.

Conclusiones

He elegido algunas secuencias de la clínica, disfrazando y deformando suficientemente los datos, con las que intento dar cuenta de las dificultades de los hombres frente al imperativo de la masculinidad. Son hombres, en la mayoría de los casos, cuya dimensión externa, social, objetiva, es la del bienestar y el éxito. Disfrutan en la mayoría de los casos de posiciones sociales desahogadas dentro del contexto de crisis social profunda en que vivimos. Y no obstante, sus vivencias íntimas están más cerca del miedo, de la angustia, de la inseguridad y del temor al fracaso. Con ello he querido mostrar la otra cara de la posición de amo, de sujeto privilegiado. Para decirlo con palabras de Kaufmann (1995):

“Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación tanto a las mujeres como a los hombres. Esto no significa equiparar el dolor de los hombres con las formas sistemáticas de opresión sobre las mujeres, solamente quiere decir que el poder de los hombres en el mundo –cuando estamos descansando en la casa o caminando por las calles, dedicados al trabajo o marchando a través de la historia– tiene su costo para nosotros. Esta combinación de poder y dolor es la historia secreta de la vida de los hombres, la experiencia contradictoria del poder entre ellos”.

Esteban Ferrández Miralles

Doctor en Psicología. Psicoanalista.

Miembro del Centro Psicoanalítico de Madrid.

Coordinador del Curso de Formación en Grupo Operativo y Género, de la Fundación para la Formación en Investigación Sanitaria del Servicio Murciano de Salud

Email: eferrandezm@gmail.com

Palabras clave: Vínculo primordial, rechazo, masculinidad, identificaciones.

Resumen: La construcción del psiquismo del hombre conlleva la negación de algunas de sus vinculaciones primarias y fundantes. El otro maternal es negado, pero como no puede desaparecer sin significar una pérdida de identidad irreparable, es reducido a la categoría de objeto, es despojado de su subjetividad. Ello sin embargo le plantea un serio problema al sujeto masculino ya que justamente aquella que ha de negar para ser, aquella a la que tiene que repudiar, es aquella de la que necesita y busca el reconocimiento, es aquella de cuyo reconocimiento depende para ser.

Bibliografía

- BENJAMIN. J.: (1996) *Los lazos del amor*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- BRUCKNER, P. (2002). *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- DERRIDA, J. (1980). *La carte postale*. Paris, Flammarion
- KAUFMANN, M. (1995) “Los hombres, el feminismo y las experiencias Contradictorias del poder entre los hombres”, Internet.
- IZQUIERDO. M.J (2007). “Lo que cuesta ser hombre: costes y beneficios de la masculinidad” en Congreso SARE “Masculinidad y vida cotidiana”. EMAKUNDE, Donostia.
- BOURDIEU, P.: (1999), *La dominación masculina*, Barcelona Ed. Anagrama